

JAVIER CERCAS
FORMAS DE OCULTARSE

Edición de Leila Guerriero



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Prólogo. El proceso, <i>por Leila Guerriero</i>	11
Yo soy aquel	19
Volver a casa	20
Compasión para los escritores	30
Llamadme Sísifo	33
Feliz 2040 (como mínimo)	36
El honor de los valientes	39
Mozart, 'stripper'	42
La inmortalidad	45
Ringo y yo ('Unplugged')	48
Rafa, filósofo	51
Deseo de ser un buen hincha	53
El canto de los derrotados	56
Solteros contra casados	59
Sin miedo ni esperanza	62
Todo eran campos	65
Carta de noviembre	68
Los justos	71
La extraña bondad de los extraños	74
Contra la bondad	76
Esto es sólo entretenimiento	79
Fuera es feo (o no)	82
Elogio de la pereza	85
Tremenda apología de la siesta	87
Vacaciones pagadas	89
Una teta (o no)	92
El bache	95
El avión o el cielo	98
Bolaño en Gerona: una amistad	101
Bolaño forever	107

Porno duro	110
Síntomas del fin del mundo	113
Olé	116
No	119
Una nueva vida	122
Porqué escribir	125
Elogio del enemigo	128
La hora de la venganza	131
Todos los gatos son teléfonos	134
El grotesco papelón de literato	137
Los sueños cumplidos	140
Se acabó	143
Crónica de un artículo malogrado	146
Ética de los toros	148
De profundis	151
Confesiones de un ex fumador	153
Alarma roja	156
La conveniencia de la inconveniencia	159
El arte de perder	162
Anestesia	164
La chispa de la vida	166
El derecho a destruirse	169
El microchip	172
Noticias de Perelman	175
No se pierdan a Ortega	178
Ortega, sin orteguianos y sin ortegajos	181
El enigma irresuelto de Borges	183
Borges en salsa picante	189
Bioy Casares: Las estrategias de la felicidad	192
Llamando a las puertas del cielo	196
La sombra de Caín	198
Carlos Fuentes y los héroes	201
Tres lecciones de García Márquez	203
El libro de un maestro	205
El primer posmoderno	207
Vallcorba, tradición y modernidad	209

Sucedáneos	211
Vidas hipotéticas	214
El punto ciego	216
Éxito total	218
Don Pedro Poblador y Poblador en Metz	221
Perder los papeles	223
La banda de los cinco	225
Los visitantes	231
Se busca escritor	234
¡Otra bendita novela sobre la guerra civil!	236
Epílogo a <i>Soldados de Salamina</i>	238
El miedo	250
El lector vampiro	253
La novia perdida	256
Una memoria: Mario Vargas Llosa y la vocación de escritor	259
Escribir con un viento salvaje	280
Decálogo apócrifo del escritor de éxito	288
El hombre que mató a Francisco Franco	290
Palabras de agradecimiento por el Premio Mondello	
Città di Palermo	294
Prólogo a <i>La velocidad de la luz</i>	296
El artículo perfecto	299
Otro artículo perfecto	302
En punto	304
En defensa propia	307
En defensa ajena	309
Vivir fuera	312
Una ciudad propia	314
En las antípodas	317
La ley de la gravedad del poder	320
Perdido en Islandia	323
Los sueños falsos	326
Los viajes	329
Noticias del paraíso	332
El día de difuntos de 2006	334
El gran Romeo	337

La primera muerte	340
En qué consiste el terrorismo	343
Una mujer valiente	345
La pasión de los ángeles	347
La dictadura del presente	350
La España eterna, la eterna Europa	352
Bergman, Eichmann y los justos	354
El chantaje del testigo	356
La tiranía de la memoria	359
Un respeto	362
El impostor de <i>El impostor</i>	365
Un héroe de Mauthausen	373
Los otros	380
El hombre que dice No	383
Autorretrato de verano en Brasil	400
Con la mano en el corazón	402
El escritor español en Cataluña	404
Hitler, Isabel II y la nueva política	406
La Transición, papá y mamá	408
Lo breve, si breve, dos veces breve	410
Literatura más allá de la literatura	412
Contra el optimismo	414

BOLAÑO EN GERONA: UNA AMISTAD

1

He contado ya la anécdota por escrito, pero quiero contarla otra vez. Ocurrió, calculo, hacia 1981 ó 1982, a las puertas del Bistrot, un bar del casco antiguo de Gerona. Yo subía hacia la universidad con mi compañero Xavier Coromina cuando él se paró a saludar a un tipo mayor que nosotros, con aire de buhonero hippie y con acento latinoamericano, mexicano o argentino o chileno (en aquella época yo era incapaz de distinguir una cosa de la otra). Hablaron. En determinado momento Coromina le preguntó al tipo cómo iba la novela que estaba escribiendo. El tipo hizo una mueca escéptica y contestó: “Va, va, pero no se sabe muy bien hacia dónde va”. No hubo más, y la frase se me quedó grabada, quizá porque, aunque en secreto yo quería ser escritor, a mis diecinueve años aún no había tenido el coraje de reconocerlo, y me impresionó la naturalidad con que aquel tipo –el primer novelista real o fingido con el que me cruzaba en mi vida– hablaba de su proyecto de novela. Por supuesto, yo estaba seguro de que nunca volvería a oír hablar de él, de que el tipo nunca sería un novelista de verdad o sólo sería uno de tantos novelistas latinoamericanos de su generación, malogrados por el desarraigo, la bohemia y la pobreza, pero siete u ocho años más tarde, mientras escribía en los Estados Unidos mi segunda novela, incluí un diálogo en el que un personaje le pregunta a otro cómo va su tesis doctoral, y el otro contesta: “Va, va, pero no se sabe muy bien hacia dónde va”.

Ahora la elipsis no es de siete u ocho años sino de quince o dieciséis. Estamos en diciembre de 1997. Vivo en Barcelona, pero he ido a Gerona a escribir una crónica para *El País* sobre la exposición de un amigo de infancia, David Sanmiguel. A la misma hora en que se inaugura la exposición, en la Llibreria 22 –justo enfrente de la sala de exposiciones– Ponç Puigdevall presenta *Llamadas telefónicas*, de Roberto Bolaño. Por entonces, después de haber publicado en poco tiempo *La literatura nazi en América* y *Estrella distante*, el nombre de Bolaño empieza a sonar en algunos círculos literarios, pero yo, que estoy totalmente fuera de ellos a pesar de haber

publicado ya tres novelas, aún no lo he leído, y sólo le he escuchado hablar de él a Enrique Vila-Matas, que es amigo de los dos. Antes de que se inaugure la exposición tomo un café con Bolaño y Puigdevall. Bolaño cuenta que vive en Blanes, que se dedica sólo a escribir, que se gana la vida –“de forma muy humilde”, puntualiza– con la literatura. De repente, mientras le oigo hablar, tengo una intuición. Le pregunto a Bolaño si a principios de los ochenta vivía en Gerona; contesta que sí. Le pregunto si conocía a Xavier Coromina; contesta que sí. Entonces le hablo de nuestro encuentro fugaz frente al Bistrot y, ya en la Llibreria 22, le enseño el pasaje de mi segunda novela donde un personaje dice que su tesis va, va, pero no sabe muy bien hacia dónde va. Bolaño se ríe; yo también me río.

Aquello terminó a las cinco de la madrugada, después de que me pasase la noche gritando “¡Viva Bolaño!”, como si tratara de celebrar por todo lo alto que, contra todos los pronósticos, el buhonero hippie de mis diecinueve años no se había malogrado y había llegado a ser un escritor de verdad. Pocos días después recibí en mi casa un ejemplar de *Estrella distante*; lo mandaba Bolaño: en una de sus páginas de respeto había escrito unas palabras demasiado generosas sobre mi segunda novela; terminaban así: “¡Viva Cercas!”.

2

Nuestra amistad duró tres años y medio y un día, o una noche. No fue una amistad larga, pero sí intensa. Nos veíamos a menudo, en Barcelona o en Gerona o en Blanes, en locales públicos o en mi casa o en su casa o en casas de amigos, solos o con nuestras familias o con A. G. Porta o Vila-Matas y sus mujeres; aunque, mucho más que vernos, hablábamos por teléfono. ¡Y qué manera de hablar por teléfono, Dios santo! Al principio, cuando yo aún vivía en Barcelona, sólo lo hacíamos de forma ocasional, pero cuando volví a vivir en Gerona nos llamábamos casi a diario. La verdad es que parecíamos novios. Eran conversaciones normalmente nocturnas, conversaciones que solían prolongarse durante horas y que trataban sobre todo de literatura, o de la vida literaria, que para Bolaño era casi tan interesante como la literatura, en la medida en que era el carburante de su propia literatura. Esto puede parecer raro, pero no

lo es: cuando lo conocí, Bolaño era un perfecto outsider y, aunque el éxito de sus últimos años le llevó a frecuentar a escritores y críticos de renombre, creo que a su modo siguió siéndolo hasta el final; después de todo, sólo un outsider puede escribir sobre el mundillo literario con el humor y la fiereza con que Bolaño lo hace: le encantaba hablar de sus amigos literarios, según él poquísimos, y también de sus enemigos, según él muchísimos, y hasta le encantaba inventarme enemigos a mí, que no tenía ninguno (en 1997 se publicó en España una antología titulada *Páginas amarillas* donde, como su propio nombre casi indica, figuraban prácticamente todos los narradores españoles de mi generación; todos salvo yo, y Bolaño prefirió atribuir mi ausencia en esas páginas a una negra mano ilusoria antes que al hecho comprobable de que, por entonces, a mí prácticamente sólo me leían mi madre y él). Sea como sea, guardo muchos recuerdos precisos de esas conversaciones telefónicas. Recuerdo conversaciones sobre escritores malísimos y conversaciones sobre escritores buenísimos. Recuerdo conversaciones sobre Cortázar, sobre Parra, sobre Bioy, sobre Onetti, sobre Rulfo. Recuerdo muy bien una conversación sobre Malcom Lowry y Louis Ferdinand Céline, de la que inesperadamente el primero salía mejor parado que el segundo, porque –esa fue la conclusión a la que llegó Bolaño, o a la que llegamos– aquél quería escapar del infierno, mientras que éste se sentía cómodo en él. Recuerdo largas conversaciones sobre poetas ingleses y franceses, sobre Eliot y Baudelaire, y sobre narradores norteamericanos, sobre Poe, Hemingway, Philip K. Dick, Kurt Vonnegut o John Irving, que a él no le gustaba y a mí sí. Recuerdo infinitas conversaciones sobre Borges que casi siempre terminaban con las carcajadas de Bolaño mientras recitábamos estos alejandrinos memorables de la epopeya topográfica de Carlos Argentino Daneri:

Sepan. A manderecha del poste rutinario
(viniendo, claro está, desde el Noroeste)
se aburre una osamenta –¿Color? Blanquiceleste–
que da al corral de ovejas catadura de osario.

También le recuerdo hablándome de la estructura de *2666* y de una novela sobre toreros que nunca acabó (o eso creo) y que, según decía,

se titulaba *Corrida*, y le recuerdo leyéndome un largo poema sobre su padre, que no creo haber leído en ninguno de sus libros. No le recuerdo, en cambio, hablándome de su enfermedad (de hecho, no le recuerdo hablando de ese asunto con nadie, salvo con mi hermana Blanca, que padecía una enfermedad semejante), pero recuerdo muy bien la madrugada del 22 de noviembre de 2000, cuando, después de haber estado hablando los dos durante mucho rato, sonó el teléfono y era otra vez él, que acababa de oír por televisión que ETA había matado a Ernest Lluch* y, muy impresionado, me llamaba para comentar la noticia, lo que prolongó la conversación hasta las dos o las tres.

Por supuesto le recuerdo hablando de lo que yo escribía, o de lo que intentaba escribir. Antes mencioné de pasada la generosidad de Bolaño; al menos en lo que a mí respecta, esa es una palabra escasa. De 1997 a 2001, mientras Bolaño escribía sus grandes libros a un ritmo imbatible —el ritmo de un hombre que ha entablado un combate a brazo partido contra la muerte— y conquistaba un nombre de gran escritor en español —aunque incomparable al que conquistaría en todo el mundo después de su muerte—, yo pasaba por un mal momento. Había vuelto a vivir en Gerona y por algún motivo estaba seguro de que, a pesar de que lo hubiera deseado desde siempre, ya nunca sería un escritor de verdad. Bolaño hizo todo lo posible por convencerme de que estaba equivocado: de entrada, publicó una columna en el *Diari de Girona* en la que aseguraba que yo sólo volvía a Gerona para escribir los grandes libros que llevaba dentro (por supuesto, yo sabía que Bolaño sabía que esto era falso, o creía saberlo, pero eso no hacía más que añadir valor a su gesto); luego se convirtió en un apoyo constante, en un estímulo permanente, en una máquina de persuasión destinada a meterme en la cabeza que, por muy fracasado que me sintiese, yo era un escritor de verdad, y que sólo escribiendo podría alcanzar alguna forma de plenitud personal. Yo admiraba a Bolaño por sus libros, pero más aún lo admiraba por su actitud, por la furiosa radicalidad con que, desde que era un adolescente, había asumido su vocación de escritor; por mi parte tenía la impresión (o la certeza) de no

* Nota del editor: Ernest Lluch fue un importante político socialista español que ocupó, entre 1982 y 1986, el ministerio de Sanidad en el primer gobierno de Felipe González. El 21 de noviembre de 2000 la banda terrorista ETA lo asesinó a la puerta de su casa de dos tiros en la cabeza.

haber hecho lo mismo, de haber ido buscando subterfugios y excusas, de haber ido aplazando mi obligación. Bolaño me la recordó, me puso frente a ella, me aseguró que todavía estaba a tiempo. No sé si llegué a agradecerse lo suficiente.

3

Es verdad que al menos lo intenté. Agradecerse, quiero decir. En *Soldados de Salamina*, un libro de 2001, hay un personaje que, aunque no es por supuesto el Roberto Bolaño real (como el Roberto Bolaño real se encargó de recordar en un artículo sobre ese libro), es un intento de retratar el profundo afecto que yo sentía por Bolaño y la amistad que nos unía. Asombrosamente, no todo el mundo lo ha interpretado así, y ni siquiera ha faltado quien asegurase que Bolaño se molestó con el retrato ficticio que yo hice de él. No es cierto, y la mejor prueba de que no es cierto es su mencionado artículo. Pero sí es cierto que, poco después de la publicación de *Soldados de Salamina*, Bolaño y yo nos distanciamos. Nadie tuvo la culpa de ello, o si alguien la tuvo fui yo, o simplemente eso que Jaime Gil de Biedma llamaba “la vidriosa condición del escritor”. Lo cierto es que Bolaño y yo dejamos de hablarnos.

Ese silencio duró casi dos años, hasta que llegó el día o la noche, es decir la noche o el día de los tres años y una noche o un día que duró nuestra amistad. Ocurrió a finales de junio o principios de julio de 2003. Aquella tarde de domingo había comido con mi familia en el campo. Al cabo de dos días me marchaba de viaje a México y durante la comida, no sé por qué, mi mujer habló de Bolaño; lo hizo como lo había hecho siempre, casi como si fuera un miembro de la familia, y de repente me di cuenta del absurdo total de aquel distanciamiento. De modo que al llegar a casa llamé a mi amigo a Blanes, le dije que me parecía idiota que lleváramos dos años sin hablarnos, le propuse que nos viésemos. No me pareció que Bolaño tuviese siquiera que pensar la respuesta. “Vente ahora mismo para acá”, dijo de inmediato.

Así fue como nos vimos por última vez. Quedamos en una terraza del paseo de Blanes, frente al mar, y estuvimos hablando allí hasta que nos entró hambre y fuimos a un restaurante chino donde habíamos cenado

más de una noche. Bolaño parecía triste o cansado, aunque la euforia del reencuentro hizo que yo tardara demasiado tiempo en notarlo; en algún momento me dijo que había dejado de escribir, pero sospecho que no le creí, o que no quise o no fui capaz de creerle, sin duda porque yo era incapaz de imaginar a Bolaño sin escribir. Cuando nos marchamos del restaurante ya era de madrugada. Estuvimos vagando en busca de algún bar abierto, pero no lo encontramos y al final acabamos en su nueva casa, un piso de paredes blancas, desolado y semivacío, donde según me dijo vivía solo, aunque, según me dijo también, seguía viendo a su mujer y a sus hijos en su casa de siempre, en el Carrer Ample. Apenas recuerdo nada de ese piso, salvo que estuvimos mucho rato allí y que en el baño había un ejemplar de *El canon occidental*, de Harold Bloom, abierto por una página dedicada a Neruda. También recuerdo que hacia las cuatro o las cinco, cuando le dije que tenía que marcharme, me contestó que ya era muy tarde y que por qué no me quedaba a dormir en su piso. Le contesté que no podía, que mi mujer iba a asustarse si se despertaba por la mañana y no me encontraba en casa. Para mi sorpresa, Bolaño insistió varias veces en que me quedase. No me dejé convencer.

Al final me acompañó caminando hasta el aparcamiento del paseo, que era donde había dejado el coche. A esas alturas yo tenía una sensación rara, como si intuyese que mi amigo no quería irse a dormir y que pensaba quedarse despierto toda la noche, con su tristeza y con su cansancio a cuestas. Le llevé de vuelta en coche hasta su casa, y nos despedimos como tantas veces, o eso me pareció. Antes de bajarse del coche le dije que le llamaría en cuanto llegase de México. Él asintió, pero sólo dijo: “Cuídate, Javier”.

No tuve tiempo de volver a llamarle, ni de volverle a ver. Bolaño murió al cabo de un par de días de mi regreso de México. Semanas más tarde su mujer, Carolina, me contó que era verdad que, en los últimos meses, Bolaño ya no escribía, que se sentía sin fuerzas, que sentía que el final estaba cerca; también me contó que aquella noche, la última en que le vi, Bolaño acabó durmiendo en la casa del Carrer Ample, con sus hijos y con ella. Era el mejor sitio donde podía dormir, pero eso no significa que yo no me haya arrepentido desde entonces de no haber entendido su insistencia, y de no haberle acompañado aquella noche en su pena hasta el final.

Archivo Bolaño, Barcelona, CCCB, 2013.